

to, con los ojos desencajados, el cabello erizado y arrojando espuma sangrienta por la boca.

— ¡Soy un falsario! continuaba con desesperación, la espada de la ley está suspendida sobre mi cabeza; si mañana me descubren, seré arrastrado á un presidio; Dios santo, vuélveme la razón, estoy perdido!

Se arrojó lleno de aflixión y delirante sobre unos de los sillones.

De sus ojos comenzaron ó desprenderse la amargas lágrimas de la tribulación, y de su pecho se arrancaban sollozos terribles.

Pasado aquel vértigo, se levantó, besó los retratos de sus hijos y de su esposa: dobló los documentos falsos y los volvió á poner en el secreto de su baúl.

Arregló su traje y se dirigió á la casa de Clara, donde tenía acceso á todas horas desde que Don Alfonso le había lealmente concedido la mano de su hija.

CAPITULO NOVENO.

EL DIARIO DEL COMANDANTE DEMURIEZ.

I.

Clara y Luz estaban de guardia en el cuarto de la emperatriz, la víspera del cumpleaños del emperador Maximiliano.

Las jóvenes amigas hablaban de sus amores con esa intimidad de un cariño de tantos años.

El amor de Luz hacia Clara se había sobrepuesto á sus ideas sobre los franceses, y Clara continuaba siendo la mas querida de sus amigas.

— Tú estás triste, Luz mía.

— Sí, Clara; ese silencio me revela que mis cartas no han llegado á manos de Eduardo, sobre todo, aquella tan interesante escrita por su anciana madre en los últimos momentos de su existencia.

— Hiciste mal en enviarla, era la prueba de tu vindicación, el lazo único que podía unirte á Eduardo.

— ¿Qué le puedo decir que acalle tan justo enojo?

— Eduardo conoce perfectamente á tus padres, y no se le ocurrirá culparte.

— Yo lo conozco, Clara, va á pensar que participo de las fiestas y diversiones de la corte, y acaso que le he olvidado.

La infeliz joven se limpió las lágrimas arrancadas á ese pensamiento.

— ¿Y Demuriez? preguntó procurando buscar en la felicidad de su amiga toda la calma y el reposo de su corazón.

— Cada vez más entusiasta, ha traído un *diario* que escribió durante el tiempo que resistí al embate de sus amores: estas páginas te dirán todo lo que he sufrido y cuánto he luchado antes de ceder á ese cariño que me arrebató desde el primer momento.

Clara sacó un paquetito, lo desenvolvió con cuidado y lo puso en manos de su tierna confidente.

— Antes que lo olvide, tengo que entregarte unas cartas de Francia enviadas á Demuriez. Como estaba alojado en casa, allí las han dirigido; yá son de fecha atrasada, lo cual no obsta para que le sean entregadas.

— Bien; yo las recogeré y seré la portadora de ellas.

— Veamos los sufrimientos de tu novio, Clara mía.

— Yo he leído mil ocasiones ese diario, sé algunos párrafos de memoria, pero me es grato oírlos de esa voz de ángel que tú tienes.

Luz reclinó su frente sobre el hombro de su amiga y comenzó á leer con ternura las páginas del manuscrito.

AGONIA.

I.

“Cuando pases lo ángel de parezal tus ojos por estos tristísimos renglones escritos con la expresión íntima de un corazón desgarrado, perdóname! el acento de la verdad, animado por el soplo del dolor, lanza las hondas quejas del alma en su eterna noche de amargura.

Yo me he acercado trémulo á tus plantas á ofrecerte el homenaje de un cariño que me acompañará al sepulcro; tú has arrojado sin piedad la amargura en el cáliz de mi vida, yo lo he apurado todo y he bebido el amargo licor del infortunio que ha llevado la muerte á mi corazón!.....

Siete lunas han pasado desde ese día en que el destino me arrojó frente á frente de esa mujer, centro de mis esperanzas y foco ardiente de mis ilusiones.....

Yo la recuerdo siempre: un vestido verde y transparente como una nube de primavera, se ceñía á su delicada cintura co-

mo una yedra que se enlaza profusa y amorosamente al tronco de una palmera.

Su cuello gentil estaba adornado con una faja obscura que remataba en un bordado de solferino y oro, y sobre la que caía un cuello blanco como la nieve.

Apareció entre unas cortinas de encaje y se detuvo.....parecía, bajo la techumbre de la puerta, y en el fondo de las coladuras, una de esas apariciones fantásticas de las leyendas.... la fisonomía dulce y altiva al mismo tiempo: sus ojos centellantes, sus pestañas rizas y pobladas le dan sombra á sus pupilas.....delante de esa mujer se tiembla de superstición, se influencia el alma y el corazón se paraliza.....una sonrisa de amor abriría las puertas del cielo.....su sonrisa de desdén, va hasta el suicidio!

Pero no, la existencia de ese ser es una mentira, es una creación de mi cerebeo.

Yo le he prestado forma á una imagen de mi fantasía extraviada!.....yo estoy loco, Dios mío!.....

Y sin embargo, yo he tocado su mano y he oído sus palabras, que unas veces han consolado mis sufrimientos, y otras han caído como lava candente en el cáliz de mi alma.

Si eres sólo una sombra de mi pensamiento, ¡acércate! no temas, posa tu mano sobre mi agitado pecho, contén los latidos de mi corazón y perdona si mi aliento, pasa sobre tu frente y agita tus cabellos..... ¡ven! te contaré la triste historia de mis amores, el desconsuelo horrible de mi existencia; tú oirás mis infortunios y leerás en la palidez de mi frente, todo el mundo de sufrimientos que me abruma.....¡ven! mi juventud aún atesora un porvenir entero de cariño para tí, mis ojos tienen lágrimas que derramar, yo bañaré tus manos con ellas, y tú seguirás siendo mi única, mi sola ilusión sobre la tierra.

II.

☐ Mi frente se inclina, mis párpados se cierran.....la parálisis de la vida!

Nada se oye en mi derredor, el ruido del mundo es un eco que pasa desapercibido; ¿á dónde voy?.....¿lo sé yo acaso?.

El rayo del dolor me ha hecho trizas el corazón, es necesario vivir sin esperanza!.....

La esperanza es el porvenir, y yo tengo delante los velos oscuros de la desesperación, el anatema, que truena sin piedad sobre el cielo de mi vida.....Si no hubiera amargura ni

pesares en el mundo, esa mujer los hubiera inventado para mí, para mí nada más que la idolatría!.....

¡Perdóname otra vez! tu no debes oír sino palabras de honda ternura y de profundo cariño; aborréceme, yo no merezco acercarme á tí ni oír tu voz; si mis labios han pronunciado una sola palabra que pueda ofenderte, yo borraré esa palabra con mi sangre, pero no te ofendas; tu me concedes mucho, porque tu amistad es muy dulce; pues bien, yo permaneceré en silencio á tu lado, y tu no verás ni aún esa luz de la lámpara que arde en mi corazón ante el sagrario de mi amor. No verás en mi semblante las huellas del llanto; sofocaré en mi pecho los suspiros del dolor, ¿estás contenta? ¿puedes vivir así tranquila?

Si quieres un sacrificio mayor, dímelo, yo no tengo derecho de hacerte sufrir, mi existencia es tuya, hiérela y moriré gustoso.

Si por alguna vez pasa mi nombre por tu memoria, recuerda que te amo, que atraído por los encantos de tu virtud y de tu belleza, espero de tus labios la resurrección de mi espíritu abatido.

ECLIPSE TOTAL.

I.

Cuatro días sin verla son muchas horas de suspensión en la vida.

Yo voy sobre su huella y no la he encontrado.

Sigue todas las condiciones de la imagen, desaparece, se oculta y vuelve á resplandecer.

No la he visto realmente en su forma visible, pero en mis sueños ha aparecido con sus alas de oro y su cabeza revestida con los rayos deslumbradores de la ilusión.

Cuán feliz soy en esas horas de insomnio en que la sombra es la verdad!

El mundo desaparece, el cielo se ilumina, mi corazón se abre como una flor al rayo del sol, el aire es perfume y ella es todo amor; sus palabras son esperanzas, sus sonrisas el porvenir!.....el sueño!.....el sueño! yo no quiero despertar nunca, porque el mundo material tiene una atmósfera de tinieblas á cuyo influjo me siento desfallecer!.....

Esas horas de expansión me hacen aún más desgraciado, porque al recuerdo de esa quimera halagadora me llena de

tristeza. No, mi amor y la muerte se están dando la mano. Adjurar de *ella* es llegar al fin de la existencia!.....

II.

Hoy he estado con *ella*, á su vista he olvidado tantas horas de sufrimiento, su voz tiene un encanto irresistible, un magnetismo poderoso que suspende mi existencia para concentrarla en una sola de las miradas de esa mujer. No he podido hablarla una sola frase de amores; no importa, *ella* sabe que una pasión concentrada y violenta arde en mi corazón como el fuego de los volcanes.

Yo no necesito decir una palabra, mi cerebro es transparente y la llama de mi pensamiento alcanza hasta *ella* ¿no es verdad?

Los rayos del sol se han apagado y sólo queda esa luz apasible del crepúsculo.

El transparente de la ventana se agita suavemente al viento de la tarde.

Ella se levanta, corre el lienzo y el aire entra libremente en el aposento.

Esa mujer tiene momentos de silencio prolongados, sólo en sus ojos se nota agitación; parece que combate con algún pensamiento que vence al fin, parece que algo sufre porque se nota como oprime sus labios de seda con su abrigantada dentadura.....¡oh! ¡quién pudiera en este momento penetrar en el alma de esa criatura!

Yo permanezco á su lado silencioso y lleno de admiración y de cariño por ese ser que guarda la cifra de mi porvenir sobre la tierra!.....mi vida entera por una sola de sus miradas!.....

Ella indolente deshoja alguna flor ó estruja los bordados de su pañuelo, así pasan las horas para perderse en el océano de la existencia!

Se deja oír el ruido de las cajas del regimiento, esa es mi señal de despedida.

Despierto un sueño de felicidad para volver al mundo material y sin encanto de la vida.

Ella me tinde su mano suave, murmura un adiós, que yo repito con emoción y con su última mirada me alejo de aquel santuario, donde *ella* duerme el sueño virginal de sus floridos años.

La noche con sus cantares de tinieblas vuelve á caer sobre mi alma, mi corazón se amortaja con los sudarios de la desesperación.

Queda sobre el horizonte de mi existencia una imagen apacible y melancólica de felicidad y de poesía.....les *ella*!

LA ULTIMA PAGINA.

I.

Quince días contados, hora por hora, son una eternidad para el que espera.....En vano he buscado la luz de sus ojos, el canto de su sonrisa.....*Ella* se esquivo, teme aumentar mis sufrimientos sin pensar que los aviva más y más con su retraimiento.

Esto es abusar del corazón y de ese poder que ejerce sobre mi alma y mis sentidos.

Oye por piedad, y perdona mi insistencia; tú nada más puedes oírme y yo dirigirte el acento de mi voz; tú á quien adoro con la fé ciega de una creencia, tú que eres la religión de mi alma en el tránsito por el mundo.

¡Aquí está mi corazón! es un libro abierto en el que puedes leer la historia de este profundo amor que te consagro: recorre estas hojas bañadas con el llanto amargo arrancado á mis ojos por tus desdenes; mira en cada una de sus páginas un pensamiento para tí, una queja, un dolor, un suspiro de agonía.....

¿Vienes en nombre del cielo á castigar los delirios de mi juventud?

¿Te ha prestado Dios su aliento para levantar en el fondo de mi alma un cariño gigante, para que me vuelva hacia él, pidiendo compasión y misericordia?

¿Eres el destino bajo la forma de una mujer, que se acerca á mi para herirme de muerte en la mitad de mi carrera!..... ¡Angel, fantasma ó númen del destino, llega en buena hora, yo te idolatro!

Si eres mi salvación, mi alma abre sus alas al misticismo del amor; si eres mi perdición, yo rodaré en su abismo ¡ronunciando tu nombre y dándote mi última lágrima y mi último adiós.....

¡Yo sé que tú rechazas la ardentía de mi carácter, ¡perdóname otra vez! ante tí que eres tan grande, retrocedería el *hombre vulgo*, pero el *hombre espíritu* se pone bajo tu sombra, se arrodilla, y con un grito del alma, con un aye del corazón en que se encierra toda una existencia de cariño y de amargura, te pide el porvenir.....

Tú debes asistir á las intimidades de mi alma y de mis

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

pensamientos, yo no debo ocultarte ni la idea más recóndita de mi cerebro, porque tú vives en todo mi ser, mis secretos deben depositarse en el cáliz de tu memoria, mi corazón no puede palpar sin que tú lo escuches; yo sé que hasta mi aliento lo debo tomar de la atmósfera que tú respiras, que hasta la misma muerte te pediría permiso para arrebatarme, porque yo te pertenezco; Dios lo quiere y yo también lo quiero.....

Dulce y celestial criatura, recibe en el altar de tu temprana vida el ámbar inmortal de mi cariño eterno.

Peregrino en el desierto de la vida, sólo tengo mis humildes glorias de soldado que ofrecerte.

Los soles que han de atumbrar el resto de mi existencia, me encontrarán siempre con la fé de estos amores que te acompañarán como esos ángeles invisibles.

¡Adiós! cuando reces, mezcla mi nombre en tus oraciones, serán las únicas que lleguen al cielo por mí.

¡Adiós otra vez! yo sigo en este letargo de dolor, esperando en el horizonte la luz de una esperanza.....

Adiós, tierna y sensible niña, tú no has podido amarme ni acercar una gota de agua á mis secos labios en el desierto de la vida; no has tenido una sola esperanza, ni un eco de compasión para el que muere por tí.

Tu corazón ha permanecido cerrado á mi cariño, como lo estará la puerta del cielo para mi alma, porque me has huido sin querer en un océano de desesperación y de desgracia... ¡adiós!..... Tu no debes saber cuál sea mi porvenir, porque eres ajena á mis dolores.....yo no te culpo, Dios ha puesto un arcano en el corazón de la criatura y las sentencias de Dios son irrevocables.

Oye la última súplica que te hace una alma que te amará aun en la eternidad. Cuando oigas pronunciar mi nombre, no tengas un mal recuerdo de mí, yo no he hecho más que amarte, pensar en tus amores.....perdona ese sueño de locura, pero te amo aun con el delirio de mi juventud que expira entre el dolor.

Que no te sea ingrata mi memoria, yo te encontré en el desierto de mi existencia como la azucena de la esperanza: me acerqué á recibir el ámbar de tus simpatías y he bebido la muerte y el infortunio.....perdóname otra vez si acaso al quererte de años mis súplicas importunas te molestaron, mis quejas oprimieron tu corazón sensible á la desgracia. Yo no quise ofenderte, sino depositar mis sufrimientos en el santuario de tu ternura, consagrarte mis lágrimas, abrirte mi alma y decirte el hondo amor que me inspiraron tu belleza y tu virtud.

Oyeme: cuando en el silencio de la noche veas un grupo de nubes misteriosas cruzando el horizonte, piensa en que mi alma ha tomado aquella forma para estar bajo el cielo que te cubre.

Cuando oigas el silbar del viento en la tormenta, ¡reza por

mí sí, reza, porque mi espíritu estará sufriendo el tormento de los dolores, y yo necesito la piedad del cielo!.....

Yo, olvidado de Dios y de los hombres, necesito una alma que ruegue por mí; tú á quien los ángeles sonríen á Dios posa su mano en tu virginal cabeza, serás oída en el fervor de tus oraciones.....ruega por el hombre que te ama sobre la tierra!...

Acuérdate del peregrino que vaga en pos de la muerte, sin esperanza.....

Si oyes que he dejado de existir, teje una corona de flores y pónlas sobre las losas de un altar que su perfume llegará hasta mí; murmura una palabra de compasión, siquiera porque te he amado tanto!.....

¡Adiós! tu memoria caerá sobre la mía, siempre decorada con esos rayos que me han cegado. Si en estos días que faltan en mi partida, se abren mis labios para dirigirte una súplica, perdóname, ten lástima de mí!

Si sufres alguna vez, víctima de las airadas tormentas del mundo, ¡acuérdate de mí!

Tu nombre guardado hasta ahora en el secreto de mi pecho, será el último que vague en mis labios al entrar en el silencio de la tumba!.....

Yo te pido más aún en nombre de mi cariño; cuando yo haya muerto y no temas que el mundo pueda murmurar una palabra de sarcasmo, vierte en el recogimiento de tu espíritu, una lágrima de compasión que caerá como una lluvia del cielo entre la yerba de mi sepulcro.

II

Cuando las dos amigas acabaron de leer las páginas del diario, Clara estaba profundamente emocionada.

Luz se volvió hacia su querida amiga, y le dijo con acento entrecortado:

—Tú debes amar á este hombre; estas hojas son una historia de sufrimientos; ellas dicen cuánto has luchado con tu corazón en ese combate desesperado del orgullo con el sentimiento.

—Sí, murmuró Clara, ¡le amo con toda mi alma! Su ausencia no ha hecho más que antececer mi espíritu en su consagración á ese cariño, Luz; mi porvenir esta decidido.

Luz permaneció en silencio. Pasa la primera impresión, había tornado á su mente el vago presentimiento de una desgracia; no obstante guardó silencio, no queriendo lanzar una nube sobre el sereno cielo de aquella creencia.

CAPITULO DECIMO.

EL ULTIMO ANIVERSARIO.

I.

El 6 de Julio del año de gracia de 866, se debía celebrar en todos los pueblos el cumpleaños de S. M. I., Maximiliano I.

La corte preparaba grandes fiestas, y sin embargo, había un decaimiento notable, que contrastaba con los pomposos programas, repartidos por las autoridades con anticipación.

Lució por fin el esperado día, y los primeros albores del sol fueron saludados por una salva de veintiún cañonazos, repique á vuelo y músicas militares.

Los vecinos de la gran Tenoxtitlán se levantaron presurosos á engalanar los balcones; notándose que en las casas de ciertos personajes, no aparecían odornos; lo que indicaba que estaba en menguante la luna del imperio.

El pueblo se agolpó á la plaza, en la que desde temprano había multitud de Ayuntamientos de los pueblos vecinos con cañaverales, banderas y retratos de SS. MM.

Un número considerable de músicas de los pueblos, tocaban en los diferentes puntos de la plaza, y se oían algunos vivas de los muchachos que retozaban en el átrio de la Catedral.

Aunque la Iglesia se había divorciado del imperio, comenzaron por quitar el retrato de los emperadores, que en sus arranques de servilismo y de barbarie había colocado en los altares, no por eso dejaba de darse aires de potencia en las festividades de la monarquía.

La archiduquesa había procurado humillar al clero en cuantas oportunidades se le presentaron, cobrándole su falta de galantería al rehusar sus preces al rey Leopoldo, muerto bajo la creencia protestante.

El clero católico tenía razón, porque los sectarios de Martín Lútero y de Calvino, no tenían entrada en el Reino de los Cielos, así es que de nada servían las oraciones. Para el clero católico, el rey de los belgas está irremisiblemente sentenciado el juicio eterno, y la alma de la emperatriz, predestinada al *tercer seno* de descanso de las ánimas.

No entraremos nosotros en cuestión tan intrincada, y dejamos al portero del cielo en el derecho de juzgar en demanda *sumarísima* el extravío del que llega á la portada de la entrada.

II.

A las siete de la mañana, las personas que componían el gran séquito, estaban reunidas en el palacio imperial.

La princesa Iturbide, y las señoras grandes cruces de San Carlos, se encontraban en la sala de audiencia del Emperador.

Las otras personas en la galería de pinturas.

A las ocho de la mañana entró el primer secretario de ceremonias en la sala de audiencia, en la que se hallaba la emperatriz, y puso en su conocimiento que todo estaba dispuesto para la ceremonia.

S. M. Carlota hacía los honores en el cumpleaños de su angusto esposo.

La emperatriz, que estaba, como hemos dicho, en la sala de audiencias, se trasladó á la sala de pinturas.

El gran séquito formóse de la manera siguiente:

Secretario de ceremonias, oficiales de órdenes, oficiales de la guardia Palatina, capellanes honorarios de la corte, médicos, consultores, empleados inferiores de la corte, primer médico del emperador ayudantes de campo, caballerizos, chambelanes, generales de división, grandes cruces de Guadalupe, consejeros, ministros, presidentes del Consejo y ayudante de campo.

Después de estos personajes, seguía Carlota de Austria Emperatriz de México.

Vestía la soberana un riquísimo traje de gró blanco bordado de oro, y el manto de terciopelo escarlata ostentaba una cauda de más de dos varas.

Todo el manto se hallaba ricamente bordado de oro, con una franja de media vara.

Jamás se había ostentado el imperial busto tan alhajado.

Dos damas de palacio, elegantemente vestidas, la seguían inmediatamente.

A la derecha un poco más atrás, el gran chambelán, y á la izquierda el capitán de sus guardias.

Seguía la princesa Iturbide y las Cruces de San Carlos; y como una parvada de palomas, las damas de honor y las de palacio.

La comitiva salió por la puerta del centro de palacio, y emprendió su marcha á la Catedral sobre un tablado cubierto de alfombra, que atravesaba por la plaza hasta las puertas de la Metropolitana.

En pos de aquel séquito, seguía la guardia Palatina y la servidumbre del palacio, mozos de escuela, caballerizos, picadores, lacayos, ugieres, ayudas de cámara y toda esa turba.